



WORLD
WARCRAFT
MISTS OF PANDARIA

HORLEY

Los buscadores de jade

Matt Burns

La Reina regente Moira Thaurissan solicita tu presencia. Inmediatamente.

Fenella Virunegro se quedó parada unos instantes ante la enorme puerta de roble que daba a los aposentos reales, repitiendo mentalmente las palabras. Se humedeció los labios reseco y se secó las manos, sudorosas y manchadas de hollín, en su sayo de trabajo metalúrgico. Estaba martillando un yunque en el centro de Forjaz cuando un consejero real le entregó el mensaje. Le habría gustado tener tiempo de ponerse algo más presentable.

Pero a Moira no se la hacía esperar.

Fenella llamó a la puerta.

—Pasa —respondió desde dentro una voz apagada.

—Quédate aquí, Koveth. —Fenella giró ligeramente la cabeza, lo suficiente para ver al enorme gólem que se alzaba detrás de ella. Una montaña de metal, brujería e ingenio de los Hierro Negro.

—Afirmativo —contestó el ensamblaje con voz retumbante.

La puerta crujió al abrirla Fenella. Nunca había estado en los aposentos reales. Muy pocos habían estado allí. Las paredes estaban cubiertas con exquisitos tapices de los enanos que representaban acontecimientos históricos. Moira estaba sentada con la espalda erguida tras una mesa de madera que, por su tamaño, bien podría haber sido un barco mercante. Por su superficie había desperdigados pergaminos y plumas rotas, víctimas de batallas libradas con promesas, amenazas y medias verdades. La guerra de la política.

Fenella tragó saliva, preguntándose si debía ser ella la primera en hablar. Había visto a Moira muy pocas veces. Una de ellas fue después de que Fenella hubiera terminado la construcción del ya famoso Cristalario de rubí de Ciudad Forjatiniebla. Aun así, encontrarse en presencia de la reina la ponía nerviosa.

—Fenella —dijo Moira al fin, luciendo una sonrisa relajada. En sus manos sostenía cuidadosamente un pequeño objeto: una estatuilla de un jade intenso con la forma de un dragón enroscado.

—Su Alteza.

—Gracias por venir. Supongo que ya conoces a estos muchachos. —Moira señaló con un gesto hacia un lado de la estancia.

Fenella había estado tan centrada en la reina que no había reparado en los otros enanos de la sala. Uno era un Barbabronce; un Barbabronce insólitamente grande que sacaba dos cabezas al resto de los suyos. El segundo era un corpulento Martillo Salvaje de piel rojiza y manchada con docenas de tatuajes azules. En su espalda, un martillo gigantesco colgaba de una correa. Hizo una mueca al ver a Fenella.

—Me temo que no, Su Alteza —mintió Fenella, más por mortificar a los otros enanos que por engañar a su reina. Por supuesto que los conocía. Desde que los clanes Martillo Salvaje, Hierro Negro y Barbabronce se habían reconciliado, Forjaz estaba saturada de herreros y mamposteros que se creían predestinados a la fama y la gloria. Cada día veía a esos dos deambulando por La Gran Fundición como si fueran los dueños del lugar, menospreciando el trabajo de todos los demás.

—Entonces habrá que presentaros —dijo Moira.

Fenella sintió una punzada de inquietud. ¿Por qué la habían hecho venir? ¿Por qué estaban *ellos* aquí?

—Este es Carrick Hierrisa —indicó Moira señalando con un gesto al Martillo Salvaje—. Herrero y minero de fuerza legendaria. También dicen que puede hablar con las piedras. ¿Es eso cierto, Carrick?

—Por supuesto que sí.

—Y aquí tenemos a Fendrig Barbarroja, la "Mano de Khaz". —Moira se giró hacia el Barbabronce—. Miembro de la Liga de Expedicionarios. Ha excavado las profundidades de Uldaman, la Tundra Boreal, Bael Modan y muchos otros sitios peligrosos. A decir de todos, su valor no tiene parangón.

Fendrig dejó escapar un largo suspiro, como si su presencia aquí fuera una absoluta pérdida de tiempo para él.

—Por último, Fenella Virunegro, de mi propio clan Hierro Negro... —Moira hizo una pausa—. Mampostera, herrera, ingeniera y una arquitecta consumada.

Y la hija de un traidor. Esa parte la había omitido. Pero tampoco es que importara. Todo el mundo sabía que Fenella era hija de Finoso Virunegro, el difunto arquitecto jefe del clan Hierro Negro. Un enano vilipendiado por cómo había conseguido su codiciado cargo mediante engaños. O, por lo menos, eso se decía.

Carrick murmuró algo entre dientes. Fenella lo ignoró. Al ser una Hierro Negro y, además, la hija de Fineous, estaba acostumbrada a los desprecios. No la molestaban.

Hacía mucho tiempo que había aprendido que trabajaba mejor sola. Así las cosas eran más fáciles para ella y para los demás.

—Os preguntaréis por qué os he llamado aquí. —Moira retorció la estatuilla en sus manos—. Os he seleccionado a los tres para formar un equipo especial, para un trabajo que requiere a los mejores mamposteros de Forjaz.

—¿Un equipo? —explotó Carrick—. ¿Con estos dos?

—¿Espera que los dirija? —se carcajeó Fendrig.

—No. —Moira señaló con la cabeza a Fenella—. Espero que lo haga ella.

A Fenella se le tensó el estómago. Casi gritó en señal de protesta, pero se mordió la lengua para contener las palabras. Nada bueno saldría de desobedecer abiertamente a su reina.

—¿Una Hierro Negro? ¡Ni hablar! —bramó el Martillo Salvaje.

—En eso estoy de acuerdo. —Fendrig sacudió la cabeza indignado y se dirigió hacia la puerta—. Tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo con esta majadería.

—Estoy segura de que a Muradin le interesará saber lo que piensas de esta idea. Una idea que él apoya sin reservas —dijo Moira.

La mención del nombre del líder del clan de los Barbarbronce hizo detenerse a Fendrig. Se dio la vuelta lentamente.

—El Consejo de los Tres Martillos ha acordado este proyecto por unanimidad —prosiguió Moira—. A mí se me ha encargado la tarea de supervisar los detalles. —La reina dejó cuidadosamente la estatua serpentina a un lado y desenrolló un largo pergamino. Luego hizo señas a los mamposteros para que se acercaran.

Fenella y los demás se agolparon a empellones alrededor del escritorio. La parte inferior del papel mostraba claramente los sellos de Muradin, Moira y el líder del clan de los Martillo Salvaje, Falstad. También constaban los nombres de los tres mamposteros, escritos en líneas gruesas, negras e indelebles.

—Mi nombre... Yo no he acordado nada. —Carrick frunció el ceño—. ¿Qué tontería es esta?

—*Esta* es una oportunidad de demostrar a la Alianza nuestra grandeza, de certificar que ya no somos una nación de rivales enfrentados, sino un pueblo unido. Y si os negáis... —Moira se inclinó hacia delante—. Este decreto dejará constancia de que os opusisteis a los intentos del consejo de forjar un nuevo futuro para todos los enanos.

Fendrig se cruzó de brazos y arrugó la frente. —Esto apesta a chantaje.

—El chantaje es una apuesta. Un instrumento para desesperados. —Moirá mostró una sonrisa más amplia, pero sus ojos eran puñales de hielo—. Yo voy a lo seguro, muchacho. Incluí vuestros nombres porque sabía que no seríais tan insensatos como para anteponer vuestras mezquinas rencillas al bien de nuestro pueblo.

La mirada de la reina alternó entre Carrick y Fendrig, desafiándolos a que demostraran que se equivocaba. El Martillo Salvaje cambió de postura sin moverse, pero se quedó callado. Lo mismo hizo el Barbabronce. Moira miró entonces a Fenella. Por más que la perspectiva —la sola idea— de trabajar con un Barbabronce y un Martillo Salvaje la asqueara, ¿qué podía hacer? Moira era su reina, la guardiana de su clan.

Fenella se obligó a asentir con la cabeza, con la esperanza de que esta "misión" terminara rápido.

—Bien. Ahora que ya hemos aclarado eso, pasemos a los detalles. —Moirá cogió la estatuilla de jade de la mesa mientras se reclinaba en su silla—. ¿Qué sabéis de Pandaria?

* * *

Una acólita pandaren de los Augustos Celestiales preguntó una vez: «¿Fue la tierra la que dio a luz a los Celestiales, o fueron ellos quienes insuflaron vida a la tierra?»

Su maestro se rió de manera cómplice, pues también él se había planteado esa misma cuestión. Pero el tiempo le había otorgado sabiduría. «Tengo una pregunta mucho más sencilla; una pregunta cuya respuesta solucionará este enigma tuyo —contestó—. ¿Qué fue primero, el amanecer o el ocaso?»

—Los pergaminos de los Celestiales

El trabajo era simple: reconstruir la estatua del Corazón del Dragón. Cualquier aprendiz de mampostero con una pizca de talento podría terminarlo en muy poco tiempo. Fenella llevaba tres semanas en el Bosque de Jade y no se notaba. Los mamposteros pandaren con los que trabajaba iban a paso de tortuga, pero la Hierro Negro no se decidía a presionarlos. Ella era, según Moira, una "embajadora".

—Haz que me sienta orgullosa de ti —le había ordenado la reina a Fenella antes de que esta se fuera de Forjaz.

Fenella reflexionó sobre aquellas palabras mientras se dirigía a la zona de construcción, un claro en la parte oriental del bosque. El supervisor Raiki, el jefe de los mamposteros pandaren, había pedido una reunión. La Hierro Negro no tenía idea de a qué venía aquello. Simplemente, tenía la esperanza de que la cosa avanzase.

Los pandaren estaban allí aglomerados cuando ella llegó. *Esto promete.* Fenella entrecerró los ojos para protegerse del sol cegador mientras se recostaba contra una roca. El Templo de Jade se alzaba hacia el cielo a lo lejos, con las ondas de calor vibrando contra su techumbre de tejas verdes.

Raiki avanzó lentamente hacia el centro de la reunión. —¡Todos sabéis de la tarea que nos espera! —gritó, señalando con un gesto un campo de escombros cercano.

Una inmensa columna circular de piedra se alzaba a sus espaldas. Alrededor de esta yacían los pedazos rotos del Corazón del Dragón. La estatua se había construido a imagen del Dragón de Jade, uno de los cuatro Augustos Celestiales legendarios. Por lo que Fenella recordaba, eran seres divinos originarios de Pandaria, pero ella aún no había visto a ninguno en persona. El Corazón del Dragón había sido destruido cuando la Alianza y la Horda entablaron guerra en la región. Según la historia que Moira le contó, en cuanto los mamposteros finalizaran la reconstrucción, el Dragón de Jade transferiría su esencia vital a la estatua y "renacería", aunque Fenella no estaba muy segura de qué significaba eso.

—Necesitamos más jade para la reconstrucción —continuó Raiki—. ¡Por eso propongo una Gran Búsqueda de Jade!

Un murmullo recorrió la multitud, pero Fenella no entendía tanta emoción. Sus ojos deambularon por los mamposteros hasta divisar a Fendrig, que destacaba como sangre sobre nieve invernal recién caída. El Barbabronce le devolvía la mirada, tan petulante y condescendiente como siempre. Al otro lado de la zona de construcción, Fenella descubrió a Carrick, observándola con el rostro crispado por la ira.

La última vez que habían hablado fue durante la travesía marítima a Pandaria. Los muy desgraciados no soportaban que Fenella estuviera al mando. Por más que en Forjaz se hablara de igualdad, no resultaba fácil olvidar viejos odios. Que los dirigiera una Hierro Negro se les hacía una montaña.

Mejor así, se decía Fenella a sí misma. Termina el trabajo y a otra cosa.

—La búsqueda comenzará al amanecer y finalizará al atardecer. Está prohibido usar vagonetas; las bolsas y las carteras, en cambio, sí están permitidas. ¡Buena suerte! — Raiki levantó la sesión entre aplausos.

—¡Fenella! —El supervisor se acercó pesadamente a la Hierro Negro mientras los pandaren formaban corrillos—. ¿Tienes alguna duda acerca de la búsqueda?

—No —contestó—. Todo entendido.

—Yo no me lo tomaría muy en serio. Es una especie de tradición para levantar el ánimo.

—Una Hierro Negro nunca se toma un desafío de excavación a la ligera, muchacho — afirmó con total naturalidad.

Raiki soltó una risita amistosa. —Eso dicen. Por eso tengo ganas de ver la famosa habilidad de los enanos en acción. —Echó una mirada a Fendrig y luego a Carrick, ninguno de los cuales se había movido—. ¿Necesitáis tú y tu equipo algún consejo sobre dónde excavar?

Fenella percibió un deje de vacilación en lo de "equipo". A los pandaren no se les escapaba la tensión existente entre los enanos, pero, simplemente, eran demasiado educados para indagar sobre el problema.

—Ya me las arreglaré.

—Buena búsqueda, pues. Que el Dragón de Jade vele por vosotros. —Raiki hizo una profunda reverencia y se marchó.

Antes de regresar a su campamento, Fenella lanzó una mirada a Fendrig y Carrick. Eran enanos. Se tratara o no de un asunto formal, esta Gran Búsqueda de Jade había atizado el fuego de la competición en la sangre de todos. La Hierro Negro miró largamente a ambos con los ojos entrecerrados y se hizo crujir el cuello.

Fendrig bostezó. Carrick escupió en el suelo, pateó un trozo de hierba hacia ella y luego se fue echando chispas.

Comenzaba el juego.

Koveth aguardaba en el campamento, iniciados los protocolos de guardia. Fenella rebuscó entre sus cosas hasta encontrar una pila de mapas con yacimientos mineros conocidos. Raiki le había dado el paquete a su llegada a Pandaria. Estudió minuciosamente los pergaminos, señalando los lugares que más prometían con un pedazo de carbón, calculando el tiempo de viaje, las provisiones necesarias, y...

—Hola.

Al borde del campamento se encontraba una cachorra pandaren con un vestido azul y el pelo, de color obsidiana, recogido en dos moños.

—Oh. —La Hierro Negro rió nerviosamente. —Me has asustado.

—Eres una de los enanos. De Forjaz —dijo la cachorra, curiosa.

—Sí.

—No parece que os llevéis muy bien.

—Tienes mucho que aprender sobre los enanos, muchacha. —Fenella lo dejó ahí y volvió a sus mapas, esperando que la niña la dejara en paz.

—Enséñame.

—¿Qué?

—Explícame cosas de los enanos.

Fenella suspiró. ¿Qué podía decir? —Hace mucho tiempo, vivíamos todos en Forjaz. Luego tuvimos una especie de discusión y nos fuimos cada uno por nuestro lado. Ahora hemos vuelto todos a Forjaz. —Decidió omitir las partes más "polémicas", como el hecho de que los Hierro Negro hubieran sido esclavizados hasta hacía poco por el señor del fuego elemental, Ragnaros, y conducidos inexorablemente por la senda del mal.

—Pero en realidad no estáis juntos.

—Somos diferentes —respondió la Hierro Negro, dejándose llevar por la rabia—. Siempre lo seremos.

—O sea, ¿no te irás a la búsqueda con ellos?

¿Cuántas preguntas iba a hacer esa chica? —Pueden venir conmigo si quieren. No importa. Sacaré más jade del que los dos podrían extraer en una semana.

La chica frunció el ceño. —Ya veo. —Avanzó cautelosamente hacia la enana y señaló el mapa que esta tenía en la mano—. En ese caso, deberías evitar todos esos sitios. Estarán

llenos de pandaren. Y allí han extraído el jade de zonas muy profundas. Pero sé de un buen lugar al que no va nadie...

—¿Ah, sí?

—Ahí. —La muchacha indicó un punto en el mapa, al noroeste del Corazón de Jade—. La entrada está cubierta de maleza y piedras, pero la encontrarás si buscas bien. Es una mina antigua, llena de un jade más bello y puro que cualquier otra cosa que vayan a traer los demás.

Fenella marcó el lugar. —Si tan especial es, ¿cómo es que el resto de mineros no va allí?

—Tienes mucho que aprender sobre los pandaren. —La chica sonrió burlona—. Van a los sitios que conocen. Se sienten cómodos con la rutina.

Fenella asintió con la cabeza. —Búscame al atardecer, muchacha. Tal vez...

Se paró en seco al fijarse en la chica, reparando por primera vez en sus ojos. Eran unos ojos extraños, rojos. Unos ojos antiguos como el elementium. No encajaban en aquella cachorra pequeña e inocente.

La Hierro Negro se sobrepuso y dijo: —Tal vez te guarde un poco de jade.

—Ojalá. —Tras una inclinación cortés, la chica se fue correteando.

Fenella se pasó la siguiente hora revolviendo mapas, pero siempre acababa volviendo al que había marcado por indicación de la cachorra. *Un jade más bello y puro que cualquier otra cosa que vayan a traer los demás.* No le gustaba aceptar instrucciones de desconocidos —y menos de niños—, pero en esta tierra ella era una extranjera. Podía ser la ventaja que necesitaba. *Nada grande se consigue sin un poco de riesgo.*

—Koveth —llamó Fenella—. ¿Listo para darle a la pala, muchacho?

Los ojos del gólem brillaron con un tono violáceo. —Afirmativo.

* * *

Fenella partió siendo aún de noche. Las reglas estipulaban que la búsqueda comenzaba al amanecer, y consideró que si con ello se referían a los preparativos o a la excavación en sí era algo abierto a interpretación. Poco antes de salir el sol, dio con la mina. La entrada estaba parcialmente cubierta con rocas y una maraña de gruesas enredaderas con espinas. Una pequeña silueta verde se deslizó por un lado de la abertura.

Una araña de esquisto.

Fenella hizo una mueca. Los pandaren tenían un mote apropiado para esos bichejos repugnantes: "mordisqueadores". Podían masticar e ingerir piedra maciza. La criatura se detuvo y se irguió ante Koveth. Sus mandíbulas chasqueaban frenéticamente.

—Análisis: quiere devorar a Koveth. —El golem era tan conciso como siempre.

—Sí. Pero no vamos a dejar que lo haga, ¿verdad?

Koveth respondió abalanzándose y haciendo fosfatina a la araña con un puñetazo certero.

—Ve tú delante. —Fenella se alegraba de tener a Koveth con ella. El golem era el único "equipo" que necesitaba: era de fiar, no ponía peros y podía excavar más piedra que diez mamposteros juntos.

El golem despejó los restos de rocas y enredaderas con un golpe de su mano de hierro y luego desapareció en la inmensa oscuridad. Una vez dentro, Fenella se sacó un pequeño cristal violeta de una faltriquera que llevaba al cinto y la golpeó unas cuantas veces contra la pared. La gema, creada por una hechicera Hierro Negro de Forjaz, vibró y se encendió, iluminando el pasadizo. No encontró nada destacable mientras se abrían camino por el túnel, y su mente comenzó a divagar.

¿Por qué estaba ella aquí?

Los Hierro Negro se habían ganado recientemente un respeto en Forjaz por su importante participación en el rechazo de una brutal invasión de trols, gracias a la cual se salvaron un buen número de enanos de los otros clanes. Tras una victoria así, Fenella estaba perpleja de que Moira la hubiera elegido a ella —una Virunegro, nada menos— para encabezar la expedición.

¿Se le pasaba algo por alto?

—Jade. —Koveth señaló al suelo.

Había una docena de objetos pequeños desperdigados por el suelo, cubiertos por una capa de polvo. Uno era una figurilla del Dragón de Jade. Los otros eran el resto de los Augustos Celestiales: Xuen, el Tigre Blanco; Niuzaio, el Buey Negro y Chi-Ji, la Grulla Roja. Fenella cogió la estatua del Dragón de Jade. La talla desprendió calor. Un calor extraño, lo bastante intenso como para notarlo a través de los guantes de cuero.

Brujería. Parte de su ser le gritaba que se marchara. La advertía de que aquel no era lugar para ella.

—Típico de una Hierro Negro...

Fenella dio un respingo. Koveth se agazapó en posición defensiva.

Carrick surgió ante ella de entre las sombras con una sola llama ardiendo en su casco de acero.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Fenella.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, solo que ya sé la respuesta. ¡Me has seguido!

—Intención hostil detectada —gruñó Koveth—. ¿Lo destruyo?

—Como tu amiguito intente tocarme, lo hago trocitos. —Carrick sacó su martillo para demostrar que no iba de farol. Una energía de color azul claro crepitó a su alrededor. La mayoría de mineros usaban piquetas o picos para roca para llevar a cabo su trabajo. Fenella sabía que Carrick era diferente. Él tenía un martillo de tormenta puntiagudo, imbuido del poder del rayo. Un arma como la que llevaban encima muchos de los miembros de su clan.

—Quieto, Koveth —ordenó Fenella, y luego le dijo al Martillo Salvaje: —He encontrado este sitio por mi cuenta, cretino testarudo.

—¿De veras? Bueno, pues para mí la palabra de la hija de Finoso el Falso vale tanto como lo que salga del trasero de un grifo.

—Basta de parloteo. Ninguno de los dos habéis encontrado este sitio solos. —La voz áspera de Fendrig resonó desde el lugar por el que había venido Fenella. El enorme Barbabronce avanzó calmadamente a grandes zancadas hasta alzarse imponente sobre los otros enanos—. Por lo visto los tres recibimos una visita de esa muchacha pandaren.

—La chica... —Carrick golpeó su martillo contra la pared—. ¿Qué pretende con esto?

—Intentaba ayudar —dijo Fenella—. No entiende nuestra enemistad.

Los tres enanos se quedaron en silencio, lanzándose miradas fulminantes unos a otros, cavilando con los rostros constreñidos. Fenella sabía que todos se enfrentaban al mismo dilema. *Un jade más bello y puro que cualquier otra cosa que vayan a traer los demás.* Irse equivaldría a ceder, a darse por vencido. Ninguno de ellos se movió.

—¿Y bien? —dijo Carrick con sorna—. Ya os podéis marchar.

—En esta tierra todos somos extranjeros —replicó Fendrig—. Tenemos tanto derecho a esta mina como tú.

Las venas de las sienes sudorosas de Carrick se hincharon. —Si me queréis seguir, allá vosotros. ¡Pero no os interpongáis en mi camino! —gritó, y luego se adentró en el túnel dando pisotones.

Fenella captó un atisbo de inquietud —de miedo— en la cara de Fendrig, como tierra oscura asomando entre la nieve de finales de invierno. Cuando este notó que la Hierro

Negro lo miraba, sus rasgos se volvieron a endurecer—. Será divertido veros a los dos intentando excavar. —Inició su avance, lento y pesado.

La Hierro Negro se quedó a solas con Koveth, mordisqueándose el labio. Calculó que el sol ya habría salido. Tal vez tardara unas cuantas horas en encontrar siquiera otra mina adecuada. Y eso con suerte.

—Vamos —indicó con un gesto a Koveth.

El gólem siguió a Fenella, quien prosiguió el descenso por la garganta de la montaña.

* * *

Un episodio oscuro se cierne sobre la historia de los pandaren: el imperio mogu. Es difícil para nosotros imaginar lo mucho que sufrieron nuestros ancestros durante esa época. Los espantosos mogu pisotearon la cultura pandaren. Prohibieron todo culto a los Celestiales. La mera mención de sus nombres se castigaba con la tortura y la muerte. Con el tiempo, incluso quienes mejor habían conocido a los Celestiales olvidaron sus sabias enseñanzas.

—Los pergaminos de los Celestiales

Debería haber ignorado el consejo de esa chica y haberme buscado mi propia mina, bufó Carrick.

El pesado silencio a su alrededor no hizo sino avivar su ira. De joven, sus padres habían advertido su don, su capacidad para hablar con las piedras. Un Martillo Salvaje anciano solicitó que se sometiera a entrenamiento chamánico, pero aquella no era vida para Carrick. Él tenía alma de minero, y su conexión innata con los elementos lo convirtió en uno de los mejores del clan. Uno de los mejores del mundo.

Por lo menos así había sido cuando aún podía oír a las piedras. Su silencio actual era para él como si tuviera clavado un objeto punzante entre las costillas, un constante y doloroso recordatorio de lo bajo que había caído.

Sobre estas cosas meditaba Carrick mientras seguía avanzando hasta que salió a una gran sala circular. La llama de su casco envió un halo de luz al otro lado de la cueva. Las paredes estaban cubiertas con murales agrietados y descoloridos, todos ellos con representaciones de Xuen, el Tigre Blanco. En un mural, Xuen luchaba con un gigantesco mogu con armadura cuyo cuerpo crepitaba con relámpagos. En otro, el Tigre Blanco aparecía encadenado en lo alto de una montaña. La criatura forcejeaba con sus grilletes, con el rostro contraído por su rabia incontrolada. El bruto mogu observaba desde lejos, con los brazos alzados en señal de victoria.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Fenella cuando su gólem y ella entraron en la estancia. La Hierro Negro agitó de aquí para allá la gema que llevaba en la mano, proyectando un pálido tono morado por toda la cueva.

Fendrig llegó al poco. —¿A ninguno de los dos se os ocurrió investigar un poco antes de venir? No me extraña nada. —El Barbabronce suspiró y se acercó a una serie de runas pandaren grabadas en la pared. Se sacó un largo pergamino que llevaba metido en el cinturón; el papel desgastado estaba marcado con símbolos similares. A su lado aparecían letras de los enanos.

Carrick miró la clave. —Bueno, ¿y qué dice?

—Si quieres saberlo, búscate la vida. —Fendrig le dio la espalda al Martillo Salvaje y siguió examinando las runas.

Carrick abrió y cerró las manos en rápida sucesión. Una imagen agradable le vino a la cabeza: su puño golpeando los descomunales morros de Fendrig y borrándole esa sonrisa engreída de la cara.

Fenella maldijo y chasqueó la lengua. Estaba al otro lado de la sala. Una piedra monstruosa, cincelada con la forma de un rostro de mogu gruñendo, bloqueaba lo que parecía la única vía para seguir descendiendo por la mina. —La muchacha no dijo nada de esto.

—Nadie ha estado aquí desde hace generaciones. Seguramente no querían a nadie husmeando —respondió Fendrig—. Habrá que romperla.

Carrick inspeccionó la roca. Maciza. Resistente. Se acercó más y colocó la palma encima para darle un empujón de prueba. Al tocar su piel, la piedra le propició una dolorosa sacudida de energía que le recorrió la espalda. De repente el aire de la sala se volvió más cálido, crepitando con una fuerza parecida a la magia.

Ante sus ojos, la cara del mogu se transformó lentamente en otra cosa.

Un rostro horroroso y lleno de cicatrices. Un orco Faucedraco.

Carrick se echó hacia atrás y sacudió la cabeza.

El orco seguía allí. Verlo ahí, ver a su enemigo devolverle la mirada con sus ojillos de piedra, desafiándolo, hizo que a Carrick se le acelerara el pulso. Retorcó el cuello y extendió los brazos. Sus músculos asomaron. Cogió su enorme martillo y lo blandió hacia delante, poniendo toda su fuerza en el golpe.

El metal impactó en la piedra con un sonido atronador y un destello de luz cegadora. A Carrick se le escapó el martillo, que salió despedido.

Fendrig se rió. —No sabría decir si le has dado a la piedra o la piedra te ha dado a ti. — El Barbabronce levantó su piqueta como si tal cosa—. Deja que te enseñe cómo se hace, muchacho.

—Tú tampoco la romperás. Ya me encargo yo. —Fenella hizo una seña a ese infernal gólem suyo.

Carrick agarró su martillo y se volvió hacia los otros enanos. —¡Atrás!

Sin esperar a que respondieran, dio otro golpe al Faucedraco.

Luego otro.

Y otro.

No le hizo ni un rasguño, pero Carrick no se daba cuenta de ello. Su ira se agitaba en su interior, encendida al rojo vivo, transformándolo todo a su alrededor. Al cabo de no mucho, se encontraba de nuevo entre lomas verdes. De vuelta en Northeron.

El olor a humo le inundaba la nariz, y los sonidos de la batalla, los oídos. Jinetes de grifos enanos surcaban los cielos repletos de ceniza, intercambiando golpes con orcos a lomos de sus malditos dragones Rojos esclavos. Carrick observaba a un enjambre de Facedraucos lanzarse sobre una aldea en llamas colina abajo.

Su aldea.

Estos recuerdos se habían repetido mil veces en su cabeza: cómo salía corriendo de la mina cuando se enteró del ataque, cómo bajaba la colina a toda prisa en dirección a su hogar incendiado. Pero por más rápido que corriera, o fueran cuales fueran los atajos que tomara, nunca lograba regresar a tiempo. Esta vez, en cambio, parecía diferente. El recuerdo era más visceral que los anteriores, lo cual lo llenaba de confianza.

—Hola —dijo una vocecilla.

Una joven Martillo Salvaje ataviada con una túnica blanca y con un penacho de plumas de grifo marrones sobresaliéndole entre el cabello rojizo se acercó a Carrick.

No puede ser, pensó. Se frotó los ojos, pero la chica seguía allí.

—¡Rhona! —Carrick levantó a su hija y la abrazó con fuerza. En algún rincón de su interior sabía que aquello era una ilusión. Ella nunca había aparecido en sus otros sueños o recuerdos de aquel día. Pero ahora podía sentirla. Podía oler el polen de las margaritas de la colina en su pelo.

—¿Qué haces? —preguntó la chica cuando la dejó en el suelo.

Carrick miró a la base de la loma, hacia la aldea ardiendo.

—Intento llegar —dijo.

—Es demasiado tarde. —Rhona se cogió una pluma del pelo y jugueteó con ella.

—No. Esta vez es diferente. Lo noto.

—Es como siempre. —Rhona rió inocentemente, como si todo aquello fuera una especie de juego para ella.

Algo se rompió en el interior de Carrick; algo muy dentro de él sobre lo cual no tenía control.

—¡No digas eso! —rugió. La furia disminuyó rápidamente, y un sentimiento de culpa corrió a ocupar su lugar.

Rhona retrocedió lentamente con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo... lo siento. —Carrick se arrodilló y extendió las manos—. Por favor, pequeña, perdóname.

—Si me prometes algo.

—Lo que sea.

Rhona se acercó y rodeó el cuello de su padre con los brazos. El aroma a polen de las margaritas de la colina desapareció. El olor acre de la muerte, de carne quemada y de un sueño hecho cenizas envolvió a Carrick. La vocecilla de su hija susurró: —Márchate. Aquí ya no hay nada para ti.

Rhona le besó la mejilla y se fue dando saltitos. De repente se levantó viento y la pluma se le escapó de entre los dedos. Rió y se fue tras ella colina abajo.

—¡Espera! —gritó Carrick.

Intentó seguirla, pero unas manos lo agarraron por detrás y tiraron de él. Carrick parpadeó y Northeron se desvaneció. Volvía a encontrarse en aquel maldito agujero debajo de Pandaria, retorciéndose en el suelo. Un dolor le subía por los brazos. Los nudillos le chorreaban sangre. Su martillo estaba tirado a unos cuantos metros.

—¡Eh! —dijo Fenella—. ¿Tú estás mal de la cabeza? ¿Intentas romper esa piedra a puñetazos?

—¿Qué? —alcanzó a decir Carrick en el estado de confusión que se había apoderado de él.

—¿Qué era todo eso de los Faucedraco? —preguntó Fendrig.

—Les gritabas como si estuvieran aquí en la sala —añadió Fenella.

Carrick se planteó sacudírselos de encima, se planteó replicarles con un grito. Pero cuando se miró a sí mismo, tirado en el suelo polvoriento, magullado y ensangrentado, se desinfló. *El poderoso Carrick Hierrisa*. Ya no podía ocultar lo patético e inútil que se había vuelto.

No le había hablado a nadie sobre el ataque de los Faucedraco en años, pero en cuanto abrió la boca para hablar, las palabras salieron solas, y se sentía demasiado cansado para frenarlas. Comprendió que llevaban demasiado tiempo encerradas. Como el agua en una presa, querían fluir libremente. Así que las dejó hacerlo.

—Desde ese día, no he podido escuchar a las piedras —dijo al finalizar su relato.

Los otros enanos se mostraron inescrutables, pero no lo abochornaron como había supuesto que harían.

—Tú espera ahí —suspiró Fendrig—. Yo me ocupo de la roca.

—Espera. —Carrick se sacudió el polvo y se acercó a la roca. El orco que gruñía seguía ahí. Contempló su mirada pétrea, preguntándose durante cuánto más tiempo permitiría que su ira lo consumiera, a cuántos amigos más alejaría por culpa de su mal genio. Por más que fanfarroneara, lo cierto era que no había construido nada que valiera la pena desde aquel día en Northeron. Ya no tenía paciencia para ello.

Podía culpar a los Faucedraco cuanto quisiera, pero a fin de cuentas eso no cambiaría nada de nada.

Carrick respiró hondo e intentó calmar sus nervios. Puso la palma de su mano sobre la piedra y miró fijamente al orco. La expresión desdeñosa del Faucedraco se intensificó. La ira regresó, con el humo inundando las fosas nasales de Carrick. El impulso de dominar esos recuerdos, de convertirlos en algo mejor, como piedra extraída y preparada para darle forma, lo abrumó. Cerró los ojos, combatiendo ese deseo, y dejó que los recuerdos siguieran su curso.

Se acabó.

Algo se movió y le tocó la piel. La roca vibraba, aquella sensación antigua y familiar de que las piedras le cantaban. El torrente de emoción y alivio casi hizo que Carrick retirara la mano, pero la mantuvo. Se abrió a los elementos, dejó que lo guiaran como antaño habían hecho. Toda roca, toda montaña, tenía un punto débil. Eso era lo que le habían enseñado.

Cuando Carrick abrió los ojos, el mogu lo estaba mirando. Su palma tocaba un punto a la derecha de la nariz de la escultura. *Ahí estás.* El Martillo Salvaje blandió su martillo, mordiéndose el labio por el dolor de sus manos.

CRACK.

En lugar de desmenuzarse, la roca gigante rodó a un lado, dejando al descubierto un pasadizo oscuro más allá.

Carrick dejó a los otros enanos pasar primero por la abertura. Cuando ya no los veía, se apoyó en la pared durante largo rato, con cada músculo de su cuerpo temblando violentamente. Se sentía como si hubiera estado cargando con un saco de hierro a la espalda y, por fin, hubiera encontrado un sitio donde dejarlo.

* * *

Algunos pandaren querían venganza. Acumularon fuerzas para el día en que pudieran atacar a los mogu. La rabia era lo que les daba un motivo para respirar. Pero ¿qué es la fuerza sin control? Esos pobres esclavos pronto se convirtieron en instrumentos de la ira, y dirigieron su odio hacia todo y todos. Habían olvidado la lección más importante de Xuen: «El único enemigo eres tú mismo».

—Los pergaminos de los Celestiales

Gotas de sudor se deslizaban lentamente por el cuello de Fendrig. El miedo volvía a aflorar poco a poco, haciéndole un nudo en el estómago, rugiendo como un trueno lejano. En las profundidades de esta montaña abandonada por la Luz, se preguntaba si la tormenta acabaría abrumándolo. Su capacidad para mantenerla a raya tenía un límite.

En su cabeza resonaban pensamientos sombríos. ¿Quién sabía lo estable que era este lugar? ¿Qué tipo de medidas de seguridad tomaban los pandaren para sus minas? Quizás ninguna al construir estos túneles. Tal vez por eso los mamposteros pandaren no venían aquí.

Fendrig se maldijo por no haberse quedado en el campamento, pero ¿de qué habría servido? La Hierro Negro y el Martillo Salvaje habrían regresado y habrían visto que él no había extraído nada. Y entonces, tal vez, descubrirían que la "Mano de Khaz" no había entrado en una mina desde hacía más de un año.

—¡Ahí delante hay otra cámara! —exclamó la Hierro Negro.

Fendrig sintió un gran alivio. Esas paredes dentadas se habían ido haciendo más angostas, estrechándosele a su alrededor cada vez más. Dificultándole la respiración. Se tomó un momento para serenarse, para volver a ponerse esa máscara de calma que con tanto éxito había sabido mantener todos los días.

La larga sala rectangular era mucho mayor que la anterior. Por suerte, había una entrada al otro extremo, y estaba abierta. El techo y las paredes estaban anormalmente nivelados, minuciosamente labrados.

Pese a sus investigaciones, Fendrig no había descubierto el propósito de estas cámaras. Estaba claro que los pandaren las habían construido en honor a los Celestiales. ¿Pero por qué? Las runas talladas en las paredes no aportaban ninguna respuesta. Eran crípticas e imprecisas. Básicamente, viejos proverbios pandaren.

En el centro de la sala, en el suelo, había incrustada una talla plana de la cabeza de Niuzao, del tamaño de la rodela de un guerrero. Los ojos de zafiro del buey brillaban, reflejando la luz de la llama desnuda que Fendrig llevaba sobre el casco.

Fenella pisó el disco al cruzar la sala, con el gólem siguiéndola pesadamente. Carrick entró en la estancia y, tras inspeccionar brevemente el entorno, fue por donde la Hierro Negro.

Fendrig apenas se fijó en ellos. Su atención estaba puesta en uno de los intrincados murales trabajados en las paredes de la cueva. En él se representaba a Niuzaio, el Buey Negro. Fendrig había leído acerca de esta criatura en la travesía a Pandaria. Era un ser poderoso, capaz de hacer frente a ejércitos enteros. No le extrañaba que los pandaren adoraran al buey con la esperanza de conseguir su misma entereza.

Pero en este mural Niuzaio era cualquier cosa menos intrépido. El Buey Negro estaba encogido de miedo en lo alto de una colina, rodeado de una multitud de guerreros mogu. Tras examinar la obra más detenidamente, Fendrig se dio cuenta de que los soldados eran falsos; estatuas de arcilla. Los mogu de verdad observaban encantados la escena desde los extremos del mural.

De repente el aire crepitó lleno de energía, una energía que se aferró a la boca del estómago de Fendrig. Este lugar no era natural. Se preguntó si se le habría pasado algún detalle en sus investigaciones. Tal vez los mogu habían hallado estos túneles. Tal vez los hubieran maldecido.

Fendrig sintió un escalofrío cuando vio que estaba solo. —¡Eh! ¿Dónde os habéis metido?

—¡En el túnel! —resonó la voz de Fenella desde la otra entrada.

El Barbabronce corrió hacia la abertura. Golpeó con el pie una hendidura del suelo. Miró abajo y descubrió que se encontraba sobre el emblema de Niuzaio. La cara del Buey Negro, antes estoica, había adoptado la misma expresión aterrorizada que en el mural.

Fendrig retrocedió de un salto mientras el disco giraba y daba toda una vuelta antes de detenerse. El rugido de la piedra rechinando contra la piedra sacudió la sala. Fendrig oyó un sonido como de ruedas y poleas detrás de las paredes, el crujir de madera antigua y la tirantez de una fuerte sogas tensándose.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Fenella desde el túnel.

—Essss... —A Fendrig no le salían las palabras.

El estruendo se volvió ensordecedor. Losas de roca gruesa descendían sobre las dos aberturas de la estancia a una velocidad alarmante. Fendrig dio un paso y sintió como si sus piernas fueran dos yunques. Tropezó y se estrelló contra el suelo. Su casco de minero cayó repiqueteando y el impacto apagó la llama que ardía sobre él.

—¡Barbabronce! —gritó Fenella.

Fendrig levantó la cabeza y vio la luz violácea de la gema de la Hierro Negro. La losa de piedra seguía descendiendo. Fenella estaba agazapada junto a Carrick y el gólem, con sus caras apenas visibles en la distancia. Los tres intentaban impedir que la entrada se cerrara, pero era inútil.

Podría haber corrido hasta allí. En vez de eso, contempló como un corderito indefenso cómo se cerraba la puerta. La oscuridad se lo tragó. Pero en su cabeza seguía sonando el ruido chirriante de la piedra. Se convirtió en un sonido distinto. El sonido del mundo rompiéndose, de una montaña y su ira ancestral derrumbándose.

—¡Fendrig! ¿Dónde estás, muchacho? —llamó una voz invisible.

La reconoció. No la había oído desde hacía más de un año. No desde...

—¡DERRUMBE! —gritó otro.

Fendrig trató de levantarse, pero las piernas le fallaron. En la oscuridad perdió toda orientación. La náuseas que le sobrevinieron hicieron que le diera vueltas la cabeza. Sus pulmones se llenaron de un frío gélido y supo exactamente dónde se encontraba.

El Desfiladero de Crestanevada.

—No. Aquí no... aquí no... —masculló Fendrig mientras miraba alrededor. Seguía estando a oscuras, pero sintió una nueva enormidad en la cámara. Ya no estaba en Pandaria; se hallaba en aquel cavernoso túnel de montaña en lo más profundo del territorio enano. Estaba trabajando allí con otros doce mineros cuando se produjo el Cataclismo, cuando los terremotos destruyeron su mundo.

Por la estancia titilaba una luz de antorcha cuya procedencia era imposible determinar. En los breves instantes de iluminación que esta propiciaba, veía sombras gigantescas caer, piedras del tamaño de carros lloviendo del techo.

—¿Dónde está Fendrig?

De nuevo aquella voz. Más fuerte. Seguida de un coro de otras voces familiares.

—¡Sigue ahí! ¡Voy a por él!

—¡Voy contigo!

—No —pronunció apenas Fendrig—. ¡Salvaos vosotros!

No lo escucharon. Sus antorchas eran cada vez más brillantes. Cada vez más cercanas.

—¡Por aquí! —exclamó uno de ellos—. Está...

Un ruido seco y escalofriante silenció la voz para siempre.

Aun así, los demás siguieron adelante, gritando el nombre de Fendrig. Una a una, oyó caer las grandes piedras. Oyó chillar a los mineros, vio cómo el fulgor de sus antorchas se desvanecía lentamente hasta quedar en nada.

Y durante todo ese tiempo, Fendrig se quedó inmóvil, demasiado asustado incluso para levantarse o buscar a los muertos y moribundos. Temblando pero a salvo en un hueco natural formado por las piedras que caían. *Pura y bochornosa suerte.*

El terremoto terminó tan repentinamente como había comenzado. Todo estaba en silencio.

Fendrig parpadeó, diciéndose que aquello no era más que una pesadilla. Pero a su alrededor nada había cambiado. El aire seguía siendo seco y glacial en su garganta, y su lengua continuaba cubierta de polvo de piedra pulverizada.

—Eh. —Una bota le dio una patada en las costillas.

Fendrig levantó la vista, esperando ver al grupo de rescate que lo había encontrado en los escombros del puerto de montaña. De los trece mineros que entraron aquel día, solo él salió con vida, y ni siquiera por su propio pie. Los rescatadores habían cargado con él porque no tenía fuerzas para andar.

Aquel, no obstante, no era el grupo de rescate que él recordaba.

Un grupo de formas vaporosas, brillando con una leve luz iridiscente, lo rodearon. Había doce en total, todas ataviadas con un equipo de minero. Los doce enanos más valientes que Fendrig hubiera conocido jamás.

* * *

—Basta, Koveth. —Fenella se apoyó contra la pared del túnel con la frente llena de sudor.

Su gólem se alejó de la puerta de piedra que daba a la cámara sellada. La había estado aporreando un rato en vano. Mientras, Fenella y Carrick habían registrado el túnel en busca de algún modo de abrir la puerta. No habían encontrado nada.

—Idiota... —farfulló Carrick desde cerca—. ¿Por qué no ha corrido cuando podía?

Fenella negó con la cabeza. Carrick y ella habían estado avanzando por el túnel cuando la puerta comenzó a cerrarse. Para cuando habían vuelto, la losa de piedra ya estaba a medio bajar, y ni siquiera con la fuerza bruta de Koveth habían logrado evitar que se cerrara.

Fenella comprendió que ahora mismo no podían hacer nada por Fendrig. Tendrían que regresar con pólvora o con ayuda de los pandaren antes de que se le acabara el aire.

La Hierro Negro hizo una seña a Koveth y echó a andar por el túnel.

—¿Lo vas a dejar ahí, sin más? —preguntó Carrick.

—Necesitamos ayuda para sacarlo, y no la conseguiremos hasta que sepamos cómo salir de aquí.

Carrick se quedó parado unos instantes delante de la puerta, cabizbajo, y luego siguió a Fenella.

* * *

Fendrig se quedó mirando a los fantasmas de los mineros, preguntándose si habrían venido aquí a vengarse. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho él para honrar sus sacrificios? Hasta que no vino a Pandaria, no se había aventurado en una mina. Mentía para escaparse de tareas de ese tipo. Se pasaba el tiempo explicando historias de sus antiguas hazañas mineras, esforzándose por mantener su fachada de valentía. Ahora ya era lo único que se le daba bien.

—¿Qué queréis de mí? —dijo Fendrig entre dientes.

Los fantasmas se acercaban sin responder. El Barbabronce les lanzó un golpe a la desesperada.

—No vamos a hacerte daño, muchacho —dijeron los fantasmas al unísono—. Hemos venido a ayudarte a levantarte. Llevas demasiado tiempo aquí tirado.

Fendrig respiró hondo para calmar los nervios. Dejó que las formas imprecisas lo agarraran y sintió como si unos remolinos de aire alzaran su cuerpo. Levantaron al Barbabronce hasta que estuvo en pie.

—Eso es.

—Lo siento, chicos. —Fendrig bajó la cabeza, demasiado avergonzado para mirar a los fantasmas—. Debería haber venido a por vosotros en el puerto de montaña. Debería haber hecho algo. Lo que fuera. Tuve... tuve miedo.

—Nosotros también. Solo que no dejamos que el miedo nos atenazara. Ya va siendo hora de que tú hagas lo mismo. Ahora te vamos a soltar. —Los fantasmas lo sujetaron con menos fuerza y una punzada de terror atravesó a Fendrig.

—¡No! —La palabra saltó de su boca—. Estoy atrapado aquí. No sé cómo salir.

—Lo único que podemos hacer es levantarte, muchacho. Si luego te vuelves a echar o te quedas en pie, ya es cosa tuya.

Fendrig tragó saliva, con su garganta en carne viva por el aire helado del puerto de montaña. —Es que... —Buscó algo que decir, pero sabía que no era más que una excusa para que los fantasmas siguieran junto a él.

—Es hora de volver a vivir —continuaron—. ¿Listo?

Fendrig sentía el corazón aporreándole el pecho. Su respiración se aceleró. Cuando llegara su hora y pasara al reino del más allá, ¿qué les diría a los fantasmas de los doce? Era algo que se había preguntado a menudo. ¿Les diría que había vivido el resto de sus días acobardado? ¿O que había llevado una vida con sentido, con los ojos abiertos, con el fuego ardiendo en su sangre?

Y ahora, allí los tenía.

Se aclaró la garganta. —Adelante.

Los fantasmas lo soltaron.

Fendrig se desplomó ligeramente y se reincorporó a trompicones, luchando por estabilizarse. Encontró el equilibrio, encontró esa parte de sí mismo que seguía encerrada bajo las piedras de Crestanevada. Estaba cansado y los músculos de las piernas le dolían por el esfuerzo. Pero era un dolor bueno. Auténtico.

Una débil luz azul comenzó a brillar desde algún punto de la sala. Fendrig vio la talla de Niuzaio a poca distancia. Los ojos de zafiro del buey refulgían intensamente, cada vez más brillantes.

Sin mirar atrás, avanzó y plantó firmemente un pie en el disco.

* * *

Fenella llevaba un rato caminando por el túnel cuando oyó el chirriar de piedras a sus espaldas. Volvió corriendo con Koveth y Carrick a tiempo de ver cómo se abría la entrada a la sala de Niuzaio. La Hierro Negro se deslizó cautelosamente al interior de la cámara, sosteniendo la gema brillante, y vio a Fendrig.

Una sonrisa traviesa se dibujó en el rostro del Barbabronce.

—¿Qué ha pasado? —Carrick entró a toda prisa en la estancia.

Fendrig soltó una buena carcajada. —Ojalá lo supiera, muchacho. —Señaló el grabado de Niuzaio sobre el que estaba parado—. Es algún tipo de mecanismo. Lo debo de haber activado al pasar por aquí.

Fenella miró el disco, recelosa. Recordaba haberlo pisado al cruzar la sala sin que hubiera ocurrido nada. La talla no parecía distinta ahora. Era un simple grabado del Buey Negro, con su gesto estoico, severo e impávido.

—¿Entonces estás bien? —preguntó—. Estabas paralizado.

—Sí. Es solo que... me he desorientado un poco. —Fendrig miró a los ojos de la Hierro Negro. La frialdad anterior del Barbabronce había desaparecido, reemplazada por otra cosa. Algo real. —Hay magia en este sitio. Eso está claro.

Fendrig miró a Carrick, quien asintió con una breve inclinación.

—Pero ahora todo va bien —dijo Fendrig. El gigantesco enano golpeó un pedernal, prendió de nuevo la llama de su casco de metal y luego, con la cabeza bien alta, fue el primero en proseguir el descenso por las entrañas de la montaña.

* * *

Otros pandaren estaban aterrorizados. La sola mención del nombre de sus torturadores los paralizaba. Este miedo caló en todos los aspectos de la vida. Se asustaban por cualquier sombra, por cualquier sonido. Cogieron miedo a la vida misma, satisfechos con consumirse en una prisión que ellos mismos se habían construido. Si por lo menos hubieran recordado el mantra de Niuzao: «El miedo pretende reducirte. En vez de eso, déjate revelar por él».

—Los pergaminos de los Celestiales

El túnel serpenteaba sin cesar. Murales de Chi-Ji, la Grulla Roja, brillaban en las paredes a ambos lados. El celestial —un símbolo de esperanza, explicó Fendrig mientras caminaban— sobrevolaba multitudes de esclavos pandaren entusiasmados en los primeros murales. Pero a medida que Fenella avanzaba por el túnel, las descripciones se volvían más lúgubres: guerreros mogu capturando a Chi-Ji, atándole las alas con cadenas y haciendo desfilar luego a la Grulla Roja entre los pandaren, que bajaban la mirada y lloraban al ver aquello.

El número de mosaicos disminuyó gradualmente, dando paso a un mar de gemas refulgentes. Las paredes y el techo estaban recubiertas de cristales de rubí que reflejaban el resplandor de las luces de los enanos.

—Qué maravilla —dijo Fenella en voz baja. Esto sí que era belleza de verdad, y no los bosques y las flores que crecían en la superficie. Estos cristales, estas piedras, esto eran cosas que resistían el paso del tiempo.

Reparó en una mancha de color verde oscuro en la pared y se acercó. Encajada entre dos cristales había una piedra de gran tamaño. Fenella orientó su gema brillante hacia el techo y descubrió más de aquellas rocas extrañas de forma casi perfecta. Ya las había visto antes en algún otro sitio...

Movida por la curiosidad, extendió la mano para tocar una.

La piedra chilló.

Fenella se echó hacia atrás mientras unas patas largas y flacas se desplegaban desde debajo del cuerpo de la araña de esquisto. Su caparazón vibró. Un grupo de ojos verdes brilló en la oscuridad. El alboroto despertó a los demás mordisqueadores. Docenas de ellos cobraron vida en techo y paredes, con sus patas chasqueando y repiqueteando.

—¡Koveth! —gritó Fenella—. ¡Ataca!

—Afirmativo. —El gólem golpeó al grupo de arañas más cercano, aplastándolas contra la pared.

Pero había más. Cayeron sobre los enanos, hundiéndoles sus patas afiladas como cuchillos en la piel. Parte del techo se derrumbó, y un grupo de arañas gigantes, la mitad de grandes que Fenella, se precipitó al suelo.

—¡Son demasiadas! —Carrick blandió su martillo y partió el caparazón de una de las arañas más grandes—. ¡Corred!

Fendrig y él huyeron por donde habían venido. Fenella intentó seguirlos, pero el hervidero de arañas le cortaba el paso. Parte de aquella masa se separó y se fue a por el Barbabronce y el Martillo Salvaje. Fenella miró en la otra dirección; el camino estaba despejado por allí.

—Koveth —dijo entre dientes—. ¡Retirada defensiva!

Fenella salió a todo correr, con el sonido de las pisadas del gólem atronando detrás de ella. No se paró a pensar adónde iba o cuánto había corrido. Continuó hasta llegar a una bifurcación en el pasadizo. En lo alto de las paredes de cristal había fijada una estatua de Chi-Ji. Las alas de la Grulla Roja estaban atadas, y la cabeza del celestial miraba hacia el túnel de la derecha con los ojos anegados en lágrimas.

Fenella se detuvo a recuperar el aliento. Nada la seguía salvo Koveth, cuyo cuerpo de hierro estaba carcomido con boquetes irregulares.

Un grito estridente llegó desde la dirección por la que habían venido. Un grito de enano. A Fenella se le pusieron los pelos de punta. De pronto el aire de la caverna se volvió más cálido, con un punto de brujería.

No puedo hacer nada por ellos. El pensamiento brotó en Fenella, salido de alguna parte oscura en su interior. Si regreso y morimos los tres, traeré la vergüenza a mi clan. Moira me puso al mando. La gente de Forjaz cuchicheará sobre la chapuza que hice, sobre cómo conduje a un Barbabronce y a un Martillo Salvaje a la muerte. Pero si sigo adelante y sobrevivo, una Hierro Negro habrá triunfado allí donde los otros fracasaron.

Cuanto más consideraba la idea, más lógica le parecía. Carrick y Fendrig harían lo mismo con ella si se diera la ocasión. La odiaban. Lo llevaban arraigado en lo más hondo de sus seres, algo que ni el tiempo ni la experiencia extirparían jamás.

Fenella miró hacia el pasadizo que se bifurcaba.

—Haz que me sienta orgullosa de ti —le había dicho Moira, a ella en concreto. Era a esto a lo que se refería, ¿no? ¿Por qué otra razón habría pedido que la hija de Finoso Virunegro liderara este equipo?

Algo que se movía llamó la atención de Fenella. En las paredes, reflejadas en cada faceta de los cristales, había imágenes de ella misma. Le hacían señas, la llamaban, la instaban a ir por el desvío de más a la derecha en el túnel.

Fenella siguió los reflejos, apenas consciente de que Koveth imitaba sus zancadas. El túnel descendía en espiral sin parar, cada vez más frío. Casi cayó al tropezar con algo esparcido por el suelo: huesos. Por la forma del cráneo, parecía el esqueleto de un pandaren.

—Por aquí no hay nada para ti, muchacha. Terminarás corriendo en círculos aquí abajo.

La voz era prácticamente inaudible, apenas un susurro.

Fenella se dio la vuelta con el corazón desbocado. —¿Quién anda ahí?

—Vaya. ¿Ya ni te acuerdas de tu propio padre?

Entonces lo vio. Finoso Virunegro, reflejado en las superficies de una docena de cristales. El infame mampostero llevaba su monóculo y traje favoritos, vestido para impresionar, como siempre había sido propio de él. Se encendió una pipa con un pedernal y le dio una larga calada. El dulce olor del humo le vino a la memoria. La última vez que lo había visto fue hacía años, justo antes de que una banda de forasteros invadiera el territorio de los Hierro Negro y asesinara a los miembros más indignos de su clan. Incluido su padre.

No es real. Fenella negó con la cabeza, pero Finoso seguía allí.

—¿Vas a dar a esos dos por muertos, muchacha? — la pinchó.

Fenella no le hizo caso y siguió avanzando con dificultad. Sus reflejos le seguían haciendo señas, pero sus movimientos eran ahora más insistentes y apremiantes, casi frenéticos. *Date prisa.*

—¿Te doy una segunda oportunidad y esto es lo que haces con ella?

Fenella se giró furiosa, abriendo la boca para maldecir a Finoso por su hipocresía.

Pero había desaparecido. En los cristales donde había estado vio a una versión más joven de sí misma, con trenzas de un naranja flamígero hasta la cintura. Esta otra Fenella andaba sigilosamente por los corredores de Ciudad Forjatiniebla con un hatajo de esquemas bajo el brazo. Se los había robado a una serie de destacados arquitectos y los había falsificado con el sello de su padre. Fenella observó a su reflejo deslizarse por la capital de los Hierro Negro y presentarle los esquemas al emperador, Thaurissan.

El líder del clan quedó tan impresionado por el trabajo que enseguida nombró a Finoso arquitecto jefe. Surgieron rumores de que no fue él quien creó personalmente los esquemas. Thaurissan inició una investigación, pero nadie pudo nunca demostrar nada. Fenella se había asegurado de que así fuera. Su delito había sido pulido tan minuciosamente como un diamante mil veces tallado.

Y lo había hecho todo por voluntad propia.

Finoso no se enfadó cuando se enteró, pero Fenella recordaba haber visto un destello de algo en sus ojos. No era arrepentimiento, culpa o tristeza en concreto. Era una combinación de las tres cosas, una mezcla de emociones que se abrió camino en la oscuridad que gobernaba su corazón.

—Nunca le dije a nadie lo que hiciste. —El reflejo de Finoso reapareció—. Cargué con la culpa y el desprecio. Al final, morí como un villano. No me quejo. No fui un buen enano, eso ya lo sabes. Pero por un momento, parte de mí lo fue. Podía hacer algo bueno. Darte un futuro.

Fenella era incapaz de mirar a Finoso a los ojos, aunque solo fuera un reflejo o el producto de alguna clase de brujería. Lo cierto era que no pasaba ni un solo día sin que pensara en lo que había hecho, y en lo que él había hecho por ella. Cada vez que oía hablar de su padre en torno a los yunques, que oía cómo su nombre era arrastrado por el fango, la culpa la golpeaba con toda su fuerza. Se daba cuenta, una vez más, de que no había hecho nada por cambiar, nada por honrar el noble acto de su padre.

¿Pero qué alternativa había? Intentarlo era dejar la puerta abierta al fracaso. Intentarlo significaba tener que confiar en otros y esperar que ellos hicieran lo mismo con ella. Aquello no parecía tener ningún sentido, cuando en lo más hondo de su ser sabía que, hiciera lo que hiciera, siempre sería aquella ladrona que se escurrió a hurtadillas por Forjatiniebla dispuesta a engañar a una nación.

—Soy una Virunegro —dijo.

—El nombre no es excusa. El caso es que yo nunca tuve una oportunidad real de cambiar. Tú sí. Solo hace falta dar el paso, muchacha. Es extraño que no puedas hacer algo tan sencillo, cuando has conseguido tantas otras cosas.

Finoso dio la vuelta a la pipa para vaciar el contenido. Ascuas fantasmales se esfumaron entre los cristales. —Bueno, eso es todo lo que tengo que decir, muchacha. Me ha alegrado volver a verte.

Poco a poco, se desvaneció. Cuando ya no estaba, Fenella aún podía oler el humo en el aire.

* * *

Un callejón sin salida.

Fendrig apoyó la espalda contra la pared de cristal. Las heridas de sus brazos bombeaban la sangre caliente que le había empapado los guantes de cuero.

Carrick se encontraba cerca, enseñando los dientes. Fendrig nunca había sentido mucho aprecio por los enanos Martillo Salvaje, pero el muchacho que tenía a su lado valía mucho. Valiente y fogoso.

—¡Aquí vienen otra vez! —Fendrig sujetó la piqueta con fuerza.

Una oleada de arañas de esquisto avanzaba hacia ellos. Carrick arrojó su martillo contra las criaturas. Líneas dentadas de relámpagos salieron del arma al golpear a una araña especialmente grande, reduciéndola a una cascarilla en medio de una explosión de luz y sonido. Cuando se esfumaron las manchas en la visión de Fendrig, vio cómo el martillo describía un arco y regresaba a la mano de Carrick.

Pero las arañas no cejaban en su feroz ataque. Por muchas que los enanos mataran, más y más de aquellas criaturas salían de todos los rincones del lugar.

Un breve destello violeta llamó la atención de Fendrig. Una forma monstruosa surgió de la oscuridad.

El gólem Hierro Negro cargó contra las arañas, despachurrando a decenas con los pies y aplastando a otras con sus gigantescas manos. Los mordisqueadores se concentraron en aquella nueva amenaza. Se encaramaron por las piernas del gólem, masticando su pellejo de hierro entre chillidos ensordecedores.

Fenella gritó desde detrás del ensamblaje, agitando su gema brillante. —¡Moveos, muchachos!

Fendrig y Carrick se pusieron en marcha, saltando por encima de las arañas y yendo hacia Fenella. La siguieron de vuelta por el pasadizo hasta acabar deteniéndose en un desvío del túnel. Ante ellos se alzaba una talla enorme de la Grulla Roja con las alas extendidas sobre los dos caminos que tenían delante. La cabeza de Chi-Ji miraba hacia la izquierda, con su fino pico abierto como si cantara.

—¿Qué hay del gólem? —preguntó Carrick, preocupado.

—No podemos arriesgarnos a esperar o a volver. —La voz de Fenella era recia como el acero, pero Fendrig percibió un brillo de humedad en sus ojos—. Esta es nuestra única oportunidad.

Carrick inclinó la cabeza. Cerró el puño y se lo puso reverentemente en el pecho, en un gesto que Fendrig interpretó como un saludo de los Martillo Salvaje.

—No creía que fueras a volver a por nosotros —le dijo Fendrig a Fenella entre jadeos.

Ella lo miró durante un largo instante. —Yo tampoco.

La Hierro Negro no le dio ninguna otra explicación sobre a qué se refería, pero Fendrig tampoco se la pidió. Fue consciente de que, para su sorpresa, se alegraba de verla. —Bueno, pero lo has hecho. Eso es lo que cuenta.

—Aún no nos hemos salvado —dijo Carrick—. No sabemos por qué pasadizo ir.

—Yo sí. —Fenella miró a la talla de Chi-Ji y luego al túnel de la derecha. Fendrig siguió su mirada pero no vio nada raro, tan solo la luz violeta de su gema titilando en las paredes de cristal.

—Por aquí —dijo la enana enfilando el camino de la izquierda.

* * *

Sin embargo, otros pandaren veían en los mogu a un enemigo invencible. Perdieron toda ambición. Se volvieron insensibles a cualquier emoción, encorsetados en una crisálida de autodesprecio. Se dice que estos esclavos perdieron incluso la capacidad de soñar. Pues, ¿de qué habrían de servir los sueños cuando su sino estaba ya decidido? Pero solo tenían que abrir sus corazones, creer en su propio poder, para ver que no era así. Como Chi-Ji suele decir: «La esperanza es el sol detrás de un cielo tormentoso. Está siempre presente en el corazón, aunque se oculte a los ojos».

—Los pergaminos de los Celestiales

El estrecho pasadizo ascendía gradualmente con una pendiente empinada pero constante en su inclinación. Apenas había giros y recodos; el camino era relativamente recto. Al cabo de poco, los tres enanos llegaron a un umbral. Un Dragón de Jade enroscado, tallado en piedra, enmarcaba el acceso.

Fenella fue la primera en cruzar y entrar en una enorme caverna. Se quedó sin respiración.

Del suelo y de las paredes brotaban depósitos de jade. Incluso sin estar trabajada, la piedra era lustrosa y de un verde intenso. Relucía en la profunda oscuridad como si vibrara con una fuerza vital propia. Un reguero de refulgente zafiro describía un arco en el techo siguiendo un patrón irregular parecido a un relámpago.

Carrick silbó. —Esa muchachita no mentía, ¿eh?

Los tres enanos se pasearon admirados por la caverna. En el centro se hallaba una gran columna circular con símbolos pandaren grabados. Apoyado en ella había un largo trozo de caña de bambú tan grueso como el brazo de Fenella.

Fendrig cogió el trozo de bambú y lo observó con curiosidad. Metió la mano dentro y sacó un rollo de pergaminos. El Barbabronce se sentó en una roca cercana y desenrolló cuidadosamente los papiros, dejando al descubierto hileras de elegante escritura pandaren. Fendrig se sacó la clave y estudió las runas detenidamente.

—¿Qué es? —preguntó Fenella.

—*Los pergaminos de los Celestiales* —respondió Fendrig—. ¿Os lo leo?

—Sí —dijo Fenella. Carrick hizo un gesto de asentimiento mientras se sentaba en el suelo junto al Barbabronce.

Fendrig leyó con voz vacilante, consultando su clave cada dos por tres. Los pergaminos hablaban de la historia de los Celestiales, de la ascensión del imperio mogu y de cómo, cuando aconteció aquella época terrible, los pandaren se volvieron seres destrozados que sucumbieron a la ira, el miedo, la desesperación y la duda.

—Los Celestiales, cada uno a su manera, intentaron ayudar a los esclavos —dijo Fendrig—. Pero eso provocó la furia del Rey del Trueno. El emperador mogu subyugó uno a uno a los Celestiales entrometidos hasta que solo quedó Yu'lon, el Dragón de Jade. Este había comenzado a difundir su sabiduría entre los mineros del Bosque de Jade, haciendo que algunos abandonaran sus obligaciones en busca de conocimiento. Durante uno de los viajes de Yu'lon a un campamento de esclavos, el Rey del Trueno lanzó un rayo a través del cielo que le perforó el costado. El Dragón de Jade se estrelló contra los matorrales del bosque y perdió la noción de todo.

—Cuando despertó, se encontraba muy por debajo del mundo. Unos mineros pandaren lo habían hecho desaparecer llevándoselo a su lugar más sagrado, unas cámaras cuya existencia ignoraban sus caciques mogu. Inspirados por las enseñanzas recientes de Yu'lon, estos pandaren habían construido un refugio donde adorar a los Celestiales en secreto. El Dragón de Jade, conmovido por lo que vio, imbuyó de su magia el lugar para ayudar a los mineros a encontrar la sabiduría, la esperanza, la entereza y la fuerza que habían perdido en la vida. Luego hizo una petición...

—Que hicieran una estatua de él —interrumpió Fenella. Palpó con la mano el pilar de piedra. Era un trabajo magnífico, casi idéntico al de la zona de construcción del Corazón del Dragón.

—Así es —dijo Fendrig—. Generaciones de mineros trabajaron duro durante cien años. Mientras, el Dragón de Jade se resentía aún del ataque del Rey del Trueno y estaba cada vez más cerca de la muerte. En el momento en que el trabajo finalizó, exhaló su último aliento. Los mineros sollozaron. Creían que no habían logrado salvarlo. Pero, justo entonces, la estatua se movió. Sus ojos se abrieron. Su cola se enroscó. Se había convertido en un nuevo Dragón de Jade. Este Yu'lon renacido contempló a los mineros que lloraban y les dijo: —Una sola certeza hay: todo final señala un nuevo principio.

—Los mineros difundirían posteriormente la sabiduría de Yu'lon, inculcando a otros pandaren los excelsos rasgos de los Augustos Celestiales; lo bastante, al menos, para que sobrevivieran hasta el día en que el legendario esclavo Kang, el Puño del Primer Alba, se alzó y condujo a su pueblo a la libertad. Muchos años después, cuando el emperador Shaohao enseñó a todos los pandaren cómo superar su miedo, su duda, su desesperación y su ira, los descendientes de los mineros construyeron inmensos templos en honor de los Celestiales y fundaron una orden dedicada a conservar sus enseñanzas: la orden de los Augustos Celestiales.

Fenella cerró los ojos para absorberlo todo, dejándose envolver por el aire antiguo de este lugar.

El silencio se prolongó hasta que Carrick se rió. —¿Sabéis? Mi intención era venir aquí y ponerlos a los dos en evidencia. En vez de eso, solo he conseguido hacer el ridículo.

—Todos hemos hecho el ridículo —respondió Fendrig—. No somos más que tres mamposteros acabados. Lo que no entiendo es por qué el consejo nos escogió para este trabajo.

Sí, ¿por qué? Fenella no estaba segura. En parte se preguntaba si todo esto no sería alguna táctica política de Moira y el consejo. Juntar a los mamposteros más venidos a menos de Forjaz y confiar en que salieran de una pieza. Si fracasaban, sería simplemente otro ejemplo de la lamentable tensión entre los clanes. Si tenían éxito, la victoria no tendría precio.

Entonces le vino a la cabeza otro pensamiento. Lo cierto era que los tres habían conseguido grandes cosas en el pasado. Tal vez, solo tal vez, todos creían que volverían por sus fueros.

Todos menos ellos mismos.

—¿Quién sabe lo que pasa por sus cabezas? —dijo Fenella—. Pero aquí estamos.

—Seguramente falta poco para el atardecer —añadió Carrick—. No hay tiempo suficiente para excavar.

—Eso ya no me preocupa. —Fenella extendió sus manos enguantadas, una hacia cada uno de los enanos sentados—. Tenemos una estatua que construir, si es que estáis dispuestos, muchachos.

Carrick y Fendrig se quedaron observándole las palmas abiertas durante un instante y luego se miraron uno a otro. Con un ligero encogimiento de hombros, el Martillo Salvaje agarró el brazo de Fenella y se incorporó. Lo mismo hizo el Barbabronce.

—A construir, pues —dijo Carrick.

Fenella se acercó a un brote de jade para tactearlo. Le dio un hábil golpe con el martillo, haciendo que se desprendiera un pedazo tan grande como su puño. —Podemos comenzar con esto—. Le tiró el trozo a Carrick.

El Martillo Salvaje se metió el jade en una faltriquera del cinturón. —Esperemos que salir sea más fácil que entrar.

—No creo que eso sea un problema, muchacho. —Fendrig sostenía aún *Los pergaminos de los Celestiales*, examinando algo—. Aquí dice que se construyó otro pasadizo que daba directamente a esta sala.

Los tres enanos se desplegaron rápidamente, examinando las paredes en busca de cualquier abertura.

—¡Aquí! —exclamó Carrick desde un extremo de la caverna.

Fenella y Fendrig corrieron a su lado. Incrustada en el lecho de roca había una losa de piedra circular, el doble de alta que la Hierro Negro. Fenella se quitó uno de los guantes y puso la mano desnuda cerca del borde. Notó en la piel una suave corriente de aire. La gran roca en sí no tenía ninguna característica especial, salvo un pequeño grabado de Yu'lon en el centro.

Carrick suspiró. —Habría estado bien que la chica nos contara esto.

—Yo solo lo he visto mencionado en esos pergaminos. —Fendrig se encogió de hombros.

—Vamos, muchachos. —Fenella se apoyó contra la piedra.

Carrick se escupió en sus magulladas manos y colocó las palmas sobre la roca. Fendrig se puso en cuclillas, reclinando la parte superior de su enorme cuerpo contra la roca.

—Tres... dos... uno... —dijo Fenella—. ¡Ya!

La roca cedió ligeramente.

—¡Vamos!

La roca se deslizó hacia el interior del túnel con un crujido. Un torrente de aire entró en la estancia y bañó a Fenella. Delante, la luz del día cabrilleaba en aquel pasadizo oscuro como boca de lobo.

* * *

Para cuando los enanos regresaron, el concurso ya hacía mucho que había acabado y se había hecho de noche. Había ganado un equipo liderado por un pandaren llamado Hao Mann, que había traído cinco bolsas repletas de jade. Por cómo lo celebraban los mamposteros, no obstante, era imposible saber si había habido vencedores o perdedores.

El supervisor Raiki se quedó atónito al ver la roca que los enanos habían traído. Reunió a los demás pandaren a su alrededor y el jolgorio se detuvo momentáneamente. Los mamposteros se quedaron boquiabiertos mirando el reluciente jade. Ninguno de ellos había visto nunca una piedra tan hermosa.

En medio de las felicitaciones que vinieron a continuación, Fenella descubrió a la chica pandaren al otro lado del campamento.

—Muchachos. — Fenella dio un ligero codazo a Fendrig y a Carrick—. Es la muchacha. ¿Creéis que deberíamos darle las gracias?

—Sí —respondieron los otros dos enanos.

Cuando se dirigieron hacia la chica, esta echó a correr hacia el norte.

—¡Eh! —gritó Fenella—. ¡Espera!

Los enanos se abrieron paso zigzagueando entre los mamposteros pandaren, pero cuando llegaron al borde de la zona de construcción la chica había desaparecido. Solo una colina vacía se extendía ante ellos.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Fendrig.

Fenella ya abría la boca para hablar cuando, fugazmente, vio pasar algo por el aire por encima de ellos. El Dragón de Jade miró desde lo alto a los enanos. Fenella cruzó brevemente su mirada con él y quedó absorta ante los extraños ojos de Yu'lon, unos ojos antiguos como el elementium.

La Hierro Negro se quedó parada junto a los otros enanos durante largo rato, contemplando en silencio cómo el celestial ascendía más y más, un reguero de jade contra el cielo de diamante.